

amigazo el capitán, y de golpe y sin preparación le dijo:

— ¿Sabes? Hoy mandan á Porfirio á la Compañía. Se descubrió que el angelito trataba de fugarse, y que debajo de su cama tenía hecha una horadación que iría á parar no sé á dónde... ¿Qué te parece?... ¡Ah! y lo de la riña con sus amigos no fué más que trampa para engañar y conseguir que le dejaran solo... Sabe mucho este tío... todo se ha descubierto, y entre los chismes que le cogieron están limas, cinceles y no sé qué más, que de seguro le llevaban los visitantes... Yo de todo di cuenta, y me parece que no tardará en llegarme el ascenso que tan bien me he ganado...

Miró burlescamente al atónito capitán, y con la cachimba entre los dientes se alejó cantando el eterno:

Les zouaves ne sont...

— ¡Maldito viejo! gimió el infeliz: me has engañado, te has quedado conmigo. ¿Desde cuándo vendrías ideando este golpe? Y quiera Dios que no me hayas metido en tu delación...

Esa misma noche, á la hora de recogerse, Campardon cogió aparte al de Olivos y le dió un solo que valía cualquier cosa. ¿Qué significaban aquellas tonterías? ¿Cómo se conciliaban aquellas imprudencias con su compromiso



... Campardon cogió aparte al de Olivos y le dió un solo...

de ser más discreto que una zurcidora de voluntades? ¡Al demonio con el muchacho si seguía con aquellas inocencias! Gracias á Dios que tropezaste con Récal, que te quiere, que tiene el alma en su almario y que no trata más que de hacer honradamente su carrera; si te topas con alguno de esos franchutes de mal alma, que por lograr un ascenso son capaces de denunciar á la madre que los echó al mundo, á la hora de ésta ya te hallarías en el pudridero... Eres un tonto y mereces que te pase algo que te escarmiente. Conspirador de tres al cuarto, conspirador inocente, conspirador á quien se le pasea el alma por el cuerpo, ¿no comprendes que yo tengo más interés que tú mismo por salvar á Porfirio? Pero hay que aguardar una coyuntura favorable, trabajar con visos de que se logre lo que se busca, ser cautos y listos, no atolondrados y loquinaríos... Ten el ojo alerta y dime lo que suceda; pero no vayas á comprometerte á lo tonto ni te vayas de bruces sin cálculo...

*
* *

No tardó el muchacho en olvidar la fraterna de su protector: por esos días se presentó en la casa el bello Murat con más presunción y más facha que solía: acababa de recibir el despacho de teniente y se contaba que no pasarían dos meses sin que le llegara el de capitán,

pues había hecho no sé qué proeza en Tlálpam, casi á la vista del Emperador, destrozando con cincuenta ó sesenta hombres á no sé cuántos cientos que eran el azote de la capital. Por de pronto, Su Majestad le había dado la cruz de Guadalupe, convidándole á comer en Chapultepec.

El engreído oficialete contaba primores de su estancia en los reales palacios, y hasta quería se entendiera que la Emperatriz estaba prendadísima de su persona, pues le había pedido su retrato y había puesto en su álbum el cartón que había enviado el gallardísimo teniente.

Y luego, oírle hablar de México y de sus costumbres, de las sorpresas que había dado á los disidentes, de su valor, de su gancho para coger corazones, de sus éxitos con las bellas mexicanas de tez apiñonada, de su chiste para montar á caballo, de su entendimiento superior para mandar tropas, de lo que esperaba, de lo que temía, de lo que recibiría andando el tiempo, de cómo á sus veinticuatro años iba delante de sus compañeros de promoción, de esto, del otro, de todo, era para marear y aturdir á cualquiera.

Empezó por tratar á Olivos con más desdén y más compasión que los que de ordinario usaban los franceses para los mexicanos.

— Ya dejaste á los disidentes: bien hecho; eso sólo te podía traer como resultado el que te condujeran á la corte marcial ó al destierro. Las cosas caen del lado que

se inclinan, y por ahora no cabe duda que Francia será dueña de México. ¿Qué más quisieran ustedes que salir de esta anarquía en que viven y ser gobernados por un pueblo grande y noble, por el primer pueblo del mundo?

— Sí, sí, ¡que viva Francia! gritaba Boldi y que tosea tor sientre á nuestra patria.

Y se alejaba empinando un hombro, bajando otro, agachando la cabeza y echando los dos pies hacia fuera.

No cesaban las visitas y la familiaridad de Pancho con las Campardon; pero las asiduidades de Chastel empezaron á ser cada día más claras y comprensibles respecto de Violette. Tenía ya tanta mano en los negocios de la casa, que no pasaba día sin que dijera á Campardon:

— ¿Pero qué hace aquí este danzante? Despáchele usted pronto; ya carga con su entrar y salir. Va á acabar por quitarles el crédito á las niñas.

— ¿Qué quiere usted? exclamaba el francés contando los pelos de su barba napoleónica y torciendo los ojos para mirársela. Es amigo y yo siento lástima de tratar mal á los amigos, más si los amigos no dan motivo para que se les mire como enemigos.

— Pero es ayudante de Porfirio Díaz.

— Antiguo ayudante.

— ¿Y si ahora cabalmente ayudase para que se fugara?

— ¡Qué cosas tiene usted! ¡Fugarse Porfirio! Primero se fugan las momias de los obispos que están en el panteón de la Catedral.

Salía el teniente malhumorado y sombrío, y nunca dejaba de atajarle el paso el buen Boldi, que estaba convertido en un cancerbero francés.

— A mí no me la tegan, afirmaba echándosela de listo; este Tancho tiene ardilla en la cerca. Quiere ver cómo escata á Torfirio.

La situación del general no era ya tan tremenda y apretada como lo había sido días antes.

Se había hecho cargo de la prisión un excelente oficial austriaco llamado el barón Juan de Csismadía, y con una nobleza y una bondad que cautivaron al preso, empezó á hacerle toda suerte de concesiones. Primero le permitió



salir á la calle para tomar baños en los de la Limpia, á condición de que se dejara acompañar de un soldado que le siguiera á distancia. Como Porfirio se quejara encontrando vejatorio aquel espionaje, Csismadía fué quien en lo de adelante le acompañó en persona, sin tomar más precaución que ordenar que estuvieran desocupados los cuartos contiguos al que usaba el general. Allí veía Pancho á Porfirio cuando entraba y le oía cuando estaba adentro. También solía estar un caballero español llamado don José de Teresa, que se desvivía por ayudar á Porfirio sin encontrar para ello una coyuntura favorable.

Las bondades de Csismadía llegaron hasta proponerle al jefe llevarle á los toros y andar por todas partes sin más compañía que la suya.

— ¿Acaso se avergüenza usted de que le vean en compañía de un caballero oficial? preguntó á Porfirio el joven austriaco. Yo no desconfío de usted; me basta con que sepa que si llega á abusar de mis concesiones y se escapa, yo perderé no sólo mi grado de capitán en el ejército austriaco, sino también mi título de barón, pues no me atrevería á ver más á mi familia después de haber sido condenado por un consejo de guerra y de haber sido acusado de un delito que indicaría desconocimiento de mis deberes militares... Yo creo en la caballerosidad y en la nobleza de usted como en las mías propias, y como no

tengo vocación de carcelero, confío del todo en la hidalguía de un general mexicano.

— Bien hace usted, contestaba Porfirio en confiar en mí. Yo le protesto que si llego á intentar algo, no será mientras usted sea mi guardián, pues esa confianza me ata las manos mucho más que me las atarían todos los grillos y cadenas del mundo... En cuanto á lo de no salir en su compañía, no es que me considere deshonorado (¡qué locura!) reuniéndome á un caballero tan cumplido como usted; es que no quiero digan las gentes que me he arriado al imperio, renegando de mis principios.

Un día llamó Campardon á Olivos diciéndole recatadamente:

— Este chiquihuite con ropa tiene dentro una cuerda. Llévaselo á tu general y procura presentarte cuando él esté á punto de entrar al baño á fin de que no registren el bulto. ¿No tienes por allí un puñalito que sirva para hacer juego con el lazo?

— Ya lo creo que le tengo; como que en días pasados compré en una mercería un cuchillo que vale cualquier cosa: no quisieron venderme más que un trinchante con tenedor; pero me deshice del tenedor, mandé afilar el cuchillo y me quedó una alhaja que corta un pelo en el aire.

— Pues ponla juntamente con la sogá, te haces el tonto y llevas todo á don Porfirio.

— Ya, ya entendí, nada tiene que decirme; déjemelo á mí y verá qué bien sale todo.

Luego que Pancho hubo entregado aquellas cosas, se detuvo para ver salir del baño á Porfirio, y le observó tan entero, tan seguro, tan sobre sí, que habría podido afirmar ó que había dejado la cuerda dentro del canasto, ó que se había resuelto á no utilizarla. Sólo el general, que había tenido necesidad de enrollarse sobre la piel y por todo el cuerpo aquella enorme reata que parecía una serpiente y que picaba como un silicio, y que después se vió obligado á desenrollarla para meterla dentro de su baúl, supo los tártagos, sustos, dolores é incomodidades que pasó con aquel motivo.

Campardon había alquilado una casita por el rumbo del Carmen, y so pretexto de poner en ella una pensión de caballos, reunió dos ó tres de buena alzada que puso á las órdenes de Francisco para que cuidara del establecimiento y viviera con sus productos.

— Es necesario que te hagas hombre, le decía á cada rato; y para evitarte que vuelvas á meterte con chinacos, te voy á dar ese *punterito*. De ti depende el prosperar y seguir el buen camino.

Pancho seguía en aquel su trabajo rudo y sin brillo, pero alentado con la esperanza de lograr servir á su jefe en tiempo más ó menos distante.

Mas sus esperanzas se deshicieron como la sal en el

agua, pues una tarde que fué á visitar á los presos se encontró con que no se podía ver á ninguno; el bravo Csismadía estaba arrestado y sin poder sobre los reos; se había mandado tapar y clavar las ventanas que daban á la calle y aquellos rigores naturalmente se habían extremado con el jefe de los presos, con Porfirio Díaz, que seguía siendo el coco de los austriacos.

*
* *

Tres días antes había llegado el señor conde de Thun, general de las fuerzas austriacas, con algunas ilusiones de menos en la rubia cabeza y con algunos desengaños de más en el robusto pecho: había ido á la sierra de Puebla con objeto de batir á los indios levantados en armas, y aquellos salvajes, faltando á las leyes más elementales de la buena crianza, habían cometido la descortesía de derrotar á su excelencia dándole una zacateada que le había dejado medio loco. Aquí se presentaban, acá huían, más allá atacaban y hacían pedazos la retaguardia de la columna, en esotra parte se apoderaban de lo que había de constituir durante dos ó tres días la menestra de la tropa en movimiento, y hasta, ¡horror causa decirlo! se habían tomado la libertad de hacer huir vergonzosamente á los paisanos de Su Majestad sin tener en cuenta sus barbas güeras, sus cascos, sus pantalones de terciopelo ni

el nombre marcial del jefe, que era para poner miedo en las almas mejor templadas: Thun, parecía el detonar de una bomba de á placa en una fortaleza de naipes.

Pero si el señor conde había andado hecho un bausán por aquella serranía abrupta y enriscada, al detenerse en Puebla concibió una idea genial y que se le figuró lo más luminoso y alto que pudiera brotar del ánimo de ningún conde del mundo; y fué que recordando tenía á su disposición á aquellos prisioneros mexicanos, que no huirían, que no le armarían celadas, que no le derrotarían ni le quitarían las subsistencias, podía vengar en ellos los disgustos que le había causado aquel Juan Francisco Lucas, tan refractario á la táctica civilizada como á los cuellos almidonados.

Y como lo pensó lo hizo. Al día siguiente de su arribo mandó llamar á Porfirio, haciéndole conducir á la sala de la corte marcial que se encontraba en el mismo edificio de la Compañía, prisión de los rendidos de Oaxaca. Como se ve, el punto escogido tenía color local y denunciaba á leguas la habilidad escénica del señor de Thun.

EL CONDE (de mal modo y con aspecto de perdonavidas). — Espero, señor general, en obvio de dificultades y para que usted regularice su manera de vivir con el gobierno del Emperador, que no tendrá reparo en subscribir esta carta, que á fin de evitar moratorias escribí yo de mi puño y letra.

EL CONDE.— Espero, señor general, en obvio de dificultades...

